AÑO III. Panamá, República de Panamá, 15 de Mayo de 1906 NUM. 57

EL HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

Director: GUILLERMO ANDREVE. "Bien faire et laisser dire."

Lo que dicen los clarines

Por José Santos Chocano

De "Alma América"

Los clarines suenan trémulos....
Los clarines suenan lánguidos....
Sus acordes brotan suaves, sus murmullos
brotan densos y sus gritos brotan ásperos....
¡Los clarines suenan roncos!
¡Los clarines suenan trágicos!

Se dijera que las notas de los épicos clarines
son los ayes de la raza, son las voces del pasado:
se dijera que las notas de los épicos clarines
vienen, llenas de penumbras y misterios y milagros,
de países muy distantes
y de tiempos muy lejanos....
Tales fueron los clarines españoles,
tales fueron los clarines españoles que sonaron
en las cumbres luminosas
y en los lóbregos barrancos,
en el hueco de las cóncavas guaridas
y en los picos de los Andes solitarios,
en las pampas indolentes,
en los ríos encrespados,
en las selvas lujuriosas,
en los valles, en las cuestas, en las cumbres y en los páramos.
¡Los clarines suenan roncos!
¡Los clarines suenan trágicos!

Ya pasaron las historias que eran cuentos de heroísmo,
las audacias que eran timbres, los ensueños que eran lauros
los arranques imperiosos de la raza primitiva:
ya pasaron....ya pasaron....ya pasaron.....
Y lo lloran los clarines
con acentos desgarrados,
entumidos todos ellos,
cual si fuesen grandes pájaros
que volviesen con las alas abatidas y los picos
llenos siempre de tristezas en el fondo de sus cantos.....
¡Oh los pájaros de bronce
que volaron y volaron y volaron,
por las tierras no sabidas,
por los mares no explorados,
por los mundos atractivos del misterio,
por los cielos tentadores del encanto:
y, al fin viejos
y gastados,
vuelven llenos de nostalgias
y suspiros y cansancios,
á decirles á los hijos la epopeya de los padres
y á gritarles que los timbres y los lauros
ya pasaron para siempre.....
ya pasaron para siempre....ya pasaron.....!
Los clarines suenan trémulos.....
Los clarines suenan lánguidos.....

En las noches polvorientas
y azuladas del verano,
la retreta de las plazas señoriales
insinúa los perfiles de pretéritos soldados;
porque evoca, sobre un fondo
de atambores palpitantes de entusiasmo,
á los gritos de los épicos clarines,
que unas veces suenan roncos y otras veces suenan lánguidos,
las figuras sugestivas
y los gestos lagendarios,
que colmaran los asombros y gastaran las proezas,
de Balboas y Corteses y Valdivias y Pizarros....
Así el pueblo que se goza,
en las noches del verano,
con las músicas vibrantes de las líricas retretas,
siente en su alma repentinos arrebatos
y apetitos de aventuras
y deseos de otra vida y ambiciones de otro espacio,
cual se asoman en su nido
los polluelos de los cóndores temblando
cada vez que, por encima de sus débiles cabezas,
invitándoles al vuelo, pasa un viento huracanado.....
¡Es el viento huracanado de la gloria
el que ruge por encima de las plazas! Viento áspero,
viento henchido de fragores es el viento
que desatan los clarines en el vuelo de sus cantos:
viento heróico que desdobla las banderas
y estremece las panoplias y sacude los penachos
y resuena en las vacías armaduras,
como un soplo de esperanzas que viniese del pasado.....
¡Los clarines suenan roncos!
¡Los clarines suenan trágicos!

En las noches nebulosas del invierno,
pensativos los soldados
se estremecen en la sombra de los lúgubres cuarteles,
cual fantasmas de otros siglos que sacuden el sudario:
y á la hora del silencio,
cuando el sueño roza el párpado,
en sus lechos se acurrucan, mientras pasa por encima
una voz de clarín larga que se pierde en el espacio.....
¡Cómo suena tristemente
la voz de ese clarín, llena de ternuras y de espasmos!
¡Cómo evoca los alertas....
los alertas prolongados.....
en las noches inefables de las vísperas solemnes,
entre el frío de los cielos y el reposo de los campos!
¡Cómo trae á la memoria
los prestigios ya borrados,
los orgullos ya caídos en el alma, los ensueños
ya marchitos en la raza para siempre, los encantos
ya sepultos en el fondo de la vida, los delfrios
de grandeza ya sin alas, los sangrientos desengaños!.....
¿Estos eran los clarines que sonaban
con un júbilo radiante de belígeros presagios:
los clarines que anunciaban epopeyas
y pasaban por debajo
de triunfales arquerías, en desfiles fragorosos,
con la escolta de tres siglos y entre vítores y aplausos?
¿Estos eran....? ¿Estos eran ...?
Hoy apenas con gemidos siempre largos, siempre largos,
cuando tocan el silencio de las noches militares,
resucitan el milagro
de las clásicas figuras y los gestos fabulosos
que en la historia se acabaron para siempre ...se acabaron....
Los clarines suenan trémulos.....
Los clarines suenan lánguidos.....

Un clarín dice las cosas
nunca muertas del pasado:
—¡Oh ambiciones resonantes que atronaban las alturas!
¡Oh proezas de cien timbres! ¡Oh heroísmos de cien lauros!
En el alma de los nietos
de los héroes españoles hay tres siglos de entusiasmo....—

Un clarín dice las cosas
del presente solitario:
—¡Oh tristezas infinitas de las razas insepultas!
¡Oh fatiga sin remedio de los músculos gastados!
En el alma de los nietos
de los héroes españoles hay tres siglos de cansancio....—

Un clarín dice su pena
y otro dice su arrebato,
unos rugen y otros gimen,
unos gritan esperanzas y otros lloran desengaños:
y es así cómo en las músicas marciales,
con sus notas siempre llenas de nerviosos sobresaltos,
que parece que llegaran
de países muy distantes y de tiempos muy lejanos,
unas veces los clarines suenan roncos
y otras veces los clarines suenan lánguidos.....

Sobre Vargas Vila

A propósito de su último libro

VARGAS VILA el humano acaba de publicar una obra nueva, *Laureles Rojos*, que con la rapidez de la mala simiente se ha esparcido por tierras de América.

Supimos del libro, y procuramos hacernos de un ejemplar en breve, pues gustamos de leer las obras de este gran extravagante, bilioso y rabioso, ya que ellas ponen de manifiesto el caso más notable de desequilibrio mental que ofrecen las letras americanas.

La celebridad que Vargas Vila ha logrado en América es sorprendente pero no inexplicable. No es que sea un innovador de genio como Darío ó Argüello, ni que posea los profundos conocimientos y el estilo brillante de Rodó ó de Pérez Triana, ni que su prosa tenga la dureza del acero de la de Juan de Dios Uribe, nó. Su estilo es afectado y ampuloso; sus pensamientos no son ni originales ni profundos; no toca nunca el fondo de las cuestiones sino se limita á bordar con frases de espuma la superficie de ellas; es incorrecto en su lenguaje; amigo de las repeticiones y de las frases sentenciosas y empíricas. Pero este presunto rival de Hugo, cuyo verbo cree poseer, escribe á granel artículos iracundos de prosa atonizante en que vierte todo el despecho y todo el apasionamiento bravío que recibiera como herencia de los indios panches, sus lejanos antecesores, y que sus muchos años de estadía en Europa y Estados Unidos no han logrado hacer desaparecer. Así da en la vena del gusto á los politicastros de parroquia, y los aplausos de éstos alimentan en él la creencia ingenua de que es un demoledor y de que la podrida armazón de los gobiernos de América va á caer á los aguijonazos de abejorro de su pluma mordicante. Calificamos de ingenua esta creencia, porque para demoler hace falta la piqueta que es arma de luchadores y José María Vargas Vila no es ni con mucho un luchador sino simplemente un vociferador, que lanza sus insultos desde una distancia que cinco mil millas de mar hacen respetable.

Vargas Vila explota la gran ignorancia que existe en los países americanos de origen latino, y se ha formado un núcleo respetable de lectores de poco alcance, en que figuran por extravío juvenil uno que otro intelectual de quince á veinte años, como Manuel Pérez y Curis, cuya biblia santa es *Los Providenciales*, ciertamente el mejor escrito de sus libros.

Este de ahora es síntoma de enfermedad que bautizaremos si se nos permite con el nombre de *histerismo cerebral agudo y contagioso*. En efecto, su lectura nos revela un estado de alma raro, y nos produce un malestar terrible. El autor se ha metido en el lodo hasta el cuello, y como un indio ebrio se revuelve convulso y trata de salpicar á los que le quedan á mano y que odia talvez porque envidia y de toda esta tempestad de estercolero resulta luego que el solo puro, el sólo grande, el sólo inaccesible es él: Vargas Vila.

Las obras de este autor, especie de León Blois, sin el talento por su puesto de aquel famoso anatematizador, revelan, leídas en el orden en que fueron publicadas, una evolución mental grande. Como él mismo dice, todo ha cambiado en su vida, y es notable la diferencia que existe entre el colaborador de *El Progreso* de Nueva York y autor de *Aura*, y el escritor que produce libros vesánicos como *Laureles Rojos*, y periódicos demoniacos como *Némesis*. Tal vez sean las decepciones, el paso de los los años, su retraimiento y la lucha contínua en el orden moral entre un espíritu que quiere ser todo luz y un cuerpo que quiere ser todo sombra, los que han agriado cada vez más su carácter abúlico; exasperado su orgullo; hecho crecer de punto su fatuidad, y convertido su cerebro en un caos que brota frases y frases sin concierto, con el fin único de expeler un poco del veneno que guarda.

No recuerdo haber leído juicio crítico alguno, razonado y extenso, acerca de este autor. Apenas si he sabido de pequeñas zalamerías que le han prodigado literatos de todos los matices, entre ellos un Darío y un Chocano que valen mucho más que él. Estas zalamerías son obra del interés de quienes ansiosos de público numeroso ó de alguna otra cosa por el estilo, temían malquistarse con el fulminador que podía hacerlos aparecer de mala manera ante los lectores americanos de poco calado, que forman una gran *claque*, con las manos siempre dispuestas para el aplauso convencional.

Si hemos de juzgar á Vargas Vila en sus dos fases de escritor político y novelista, tendremos que confesar que sus libros de combate, como él llama á sus obras políticas, son preferibles á sus novelas, en que, por aberración, desarrolla también temas políticos. Vargas Vila no ha acertado en la novela. Los libros que califica de tales son meros ensayos que no aventajan á la inmensa mayoría de los que con iguales pretensiones circulan por ahí y que, si se leen por curiosidad, se olvidan pronto por su vaciedad.

Los novelistas en América son escasos. No pasan actualmente de diez ó doce: Zeno Gandia, Manuel Díaz Rodríguez, Acevedo Díaz y otros pocos. *Los Parias*, *Alba Roja*, *Ibis* no valen gran cosa, y el último sobre todo es un conjunto de anomalías y extravagancias enorme.

De toda su labor literaria, lo mas digno de aprecio son sus primeras obras políticas, llenas de calor y de interés, en las cuales aún no aparece marcada la nota personalísima que luego hace monótonas y desabridas las siguientes. En esas obras ha alcanzado Vargas Vila una gran altura, de la que decae manifiestamente, aunque el no se lo confiese y tal vez ni aún lo note en el delirio de auto-adoración que lo embarga.

Por suerte la enfermedad cerebral de Vargas Vila no ocasiona males profundos á la literatura. Los jóvenes líricos se entusiasman con él á los veinte años y casi todos le dedican á esa edad librillos insípidos de calcomanía; pero tres ó cuatro años más tarde, pasada la fiebre de vengadores, el ídolo pierde su magestad, lo hallan vano y ridículo, y llegan hasta reírse de él y aún á tornarse iconoclastas.

Es de sentirse el estravío mental de Vargas Vila, porque presentaba brillantes cualidades de polemista y si hubiera logrado limitar su dialéctica á las cuestiones en discusión ó en examen, en vez de espaciarse gastando energías en frases ampulosas, habría podido codearse con Montúfar, Santiago Pérez, Felipe Zapata y demás polemistas notables de América.

Hoy, como hemos dicho, decae. Bien lo muestra su último libro, en que no figura ni una sola frase genial, una de esas frases personales, rompe cráneos, que formaban toda su fuerza.

Vargas Vila se ha encerrado por propia voluntad en un círculo tan mezquino, que en el laberinto sin objeto de sus libros se han perdido todas sus cualidades de escritor.

GUILLERMO ANDREVE.

HORA DE FIEBRE

PARA UNA DAMA

Desde el lecho que la fiebre se empeña en poblar de delicadas visiones, en un momento de alucinación ó de cordura pienso en vos, Señora: recuerdo nuestra última deliciosa plática, y en mi oído canta la exquisita melodía de vuestra voz, al murmurar con acento tan dulce como implacable: aborrezco la careta.

Pienso en vos, Señora. La brisa que, con pasión ó cruel, arrastra hasta mi alcoba la armonía desfalleciente de un vals me hace soñar con ese baile, al cual me dijisteis que asistiríais, y os veo—Yo os veo tantas veces en sueño!

Os veo, delicada y esquiva, recatando vuestro fino perfil en el fondo del palco y siguiendo con una mirada desdeñosa de vuestros ojos entornados, la procesión interminable de azules dominós; luego, arrastrada por la ola excitante del bullicio ó el deseo siempre en vos latente de nuevas sensaciones, adivino con angustia cómo confundis vuestra gracia de Marquesa del siglo Pompadour con la vulgaridad que os rodea y os es abominable.

Pero no es una travesura de la fiebre; estais en vuestro rincón, indignada, aunque la cortesía os exige una sonrisa, porque la horrible caretcrispa vuestros nervios. Ganoso de vuestra atención ante vos camina el tropel enloquecido y entregado al gozo; pero es en vano; queréis profundizar ¡oh afan demente! lo que debajo del antifaz se oculta, y si no lo murmuran vuestros labios, piensa la testaruda cabecita: *La belle affaire!*

Porque vos aborreceis el disfraz, os gusta ver los rostros como Dios los hizo; amais sorprender la palidez ó el sonrojo en ellos, quereis ver las facciones gozar, sufrir, animarse, contraerse, tranformarse, vivir la vida sincera para vos. Cada uno como es, decis egoístamente, porque vos, Señora, sois bella—ah, y los que no lo son?

Permitidme—soy juguete de la calentura—digresionar para intentar una apología, porque yo amo la careta; adoro su misterio, las promesas que brinda, los secretos que guarda, los engaños que hace, la leve duración de su vida inquieta. Bellos tiempos los del Carnaval! Iba á hablar de mi vecina; es joven, es buena, es inteligente, sus amigas la idolatran; pero ay! los hombres se alejan de ella, peor aun, no la reparan, porque es fea, no con la deformidad fuerte y grandiosa de algunos excelsos sino con la fealdad pobre, fría é insignificante de tantas mujeres desventuradas!

Sabeis cual es el único paréntesis de alegría en la vida de esa muchacha? El Carnaval. Si vierais su rostro al día siguiente de un baile y la oyerais contar su triunfos! Ha tenido la ilusión del amor por una noche; se ha visto seguida, asediada, adorada y es feliz..... gracias á la careta. Y la viejecita..... más esto sería demasiado largo.

Meditad un poquito y amad la careta por los ratos de placer que entrega á las desheredados de la belleza, á esas que en los salones de bailes se llaman parietarias, porque nadie las arranca de sus sitios, y violetas en el fondo de los hogares, porque nadie las ve.

Y por otra parte, acaso en la vida que nosotros vivimos jamás vemos los semblantes tales como son y como vos los deseais? acaso el interés y el convencionalismo no estampan sobre ellos una careta, peor aun que la otra porque nunca se alza, al menos para nosotros? Desengañaos, adorable Señora, un antifaz perenne enmascara nuestros pensamientos y sentimientos, y no lo lamenteis, porque pobre de aquél que no lo lleve en este mundo de farsas y de mentiras!

Infeliz de vos é infeliz de mí!

ARÍSTIDES MOLL.

Las injusticias de Fray Candil (*)

PULULA en los periódicos del sur un artículo de Emilio Bobadilla (*Fray Candil*) contra la gloria de Rubén Darío,

Emilio Bobadilla es un cubano inteligente. Escribe artículos juiciosos, á ratos, y siempre versos nobles. De tiempo acá ha innovado en su sistema de crítica insinuando el método analítico de Taine y de Anatole France en sus puntos de vista, pero hoy lo rompe volviendo á ser el insultador gratuito de *A fuego lento*, destilando la hiel del más innoble dicterio sobre la vida privada del más grande de los poetas contemporáneos de América.

Ese artículo de *Fray Candil* deshonra al *cronicuer* de las *crónicas* escandinavas y holandesas, al excursionista, al poeta y al hombre,

Aspira *Fray Candil* á ser el Max. Nordau del Paul Verlaine americano? Séalo en buena hora, pero despójese de sus personales odios, de su violencia agresiva, y tenga el tacto ágil y la perspicacia escrutadora del severo doctor de *Las mentiras convencionales* y *Degeneración*.

Afirma el colérico escritor que el alcohol hace que el estilo de Rubén Darío sea vago y confuso? Es un juicio como otro cualquiera. Acaso la vaguedad del estado de alma que Rubén Darío describa, reclama para su expresión patética, vaguedad en el estilo y en el ritmo. Ello es un canon del modernismo. En cambio, dónde pueden hallarse más claridad de estilo, más belleza de ritmo, más acicalamiento de dicción que en ese maravilloso libro de *Prosas Profanas* donde la musa del ilustre poeta ha puesto toda la enfermiza complejidad del espíritu de estos días? Que Bobadilla no alcanza á comprender algunos de esos estados de alma? Así sucede. El mismo don Juan Montalvo confesó no comprender *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert, lo cual no obsta para que esa obra sea la primera entre todas las obras del genial novelista francés. Acaso la inteligencia de Bobadilla no tenga por exceso de sentido común ó intransigencia de buen gusto, la preciosa ductibilidad para seguir y ver las complicaciones de esta alma moderna, mixta de Atenas y de Bizancio, esta alma luminosa y enferma, que pide para conmoverse la rara emoción de Baudelaire harta acaso de la sencilla poesía de La Fontaine y del lirismo sentimental de Lamartine,

Cada época tiene sus representaciones. El ciclo anterior al automóvil no llegó á concebir la máquina prodigiosa, como el de Chateaubriand no concibió á Stefano Mallarmé, ni Mozart á Wagner, ni los incipientes de la navegación aérea á Santos Dumont. Todos son grandes porque cada uno encarna una época con todas sus manifestaciones. La revolución francesa pedía un poeta como Victor Hugo, tan augusto como ella y tan soberbio como el primer imperio. Así como Bolivar á Olmedo y la zona tórida á Bello. Pero esos estados espirituales pasaron y han venido otros más complicados y difíciles.

El último épi o ha sido Diaz Mirón, el Benito Juárez de la estrofa rebelde.

Libertados de España, la influencia francesa empezó á dejarse sentir en sus actividades mentales después de haberse dejado sentir en sus manifestaciones cívicas. Nosotros somos hijos de la Revolución francesa. El general Miranda, aquel venezolano incomparable, precursor de la libertad suramericana, mariscal de campo en Valmy, cofrade de la Gironda, nos trajo con los principios de la revolución los trajes, los modales, la declamación libertaria, el heroísmo de los *sans culottes* y hasta el *cliché* fotográfico de las actas de independencia. Nariño tradujo á Voltaire y á Rousseau; Zea se entusiasmaba copiando á Danton, el marqués del Toro á La Fayette, Sucre á Hoche y Miguel Peña á Robespierre. El mismo Libertador aceptaba á ratos las actitudes de Dumouriez en el campo de batalla.

Sur América es francesa, más bien que española Entre nosotros son innúmeros los que saben los más intimos detalles de la batalla de Jena, y desconocen la Historia patria. Nuestras mismas pasiones son francesas como nuestros gustos y nuestros defectos. El ideal de todos los escritores, ó jóvenes cultos, es ir á vivir en París. Nuestros comerciantes poderosos y rehacios van una vez todos los años á la gran ciudad.

Rubén Darío no puede ser sino un poeta de médula francesa; y no es que copie á Verlaine sino que está rimando las sensaciones que en Francia han pasado y que en nosotros empiezan. Si Rubén Darío es un poeta enfermo es porque su época lo és.

Nosotros ya vivimos la época de Hugo, llena de lirismo y grandeza. La época que en América representa Vargas Vila, el Victor Hugo americano, Montalvo, que es nuestro Carrier y Julio Arboleda y Olegario Andrade y Zorrilla de San Martín. Después sobrevino un período de negación, reflejo de la reacción contra la Madre Iglesia, que representaron Rafael Núñez, el portentoso colombiano, y Manuel Acuña, el azteca genial. De entonces acá empieza la reacción modernista siguiendo el movimiento literario de Francia, encabezada por Rubén Darío, anunciado como un profeta, por los destellos "francesistas" de Julián del Casal, Gutiérrez Najera, y Luís G. Urbina, y precedido por aquel Augusto de Armas que tanto admiró á Banville y que fue hijo de la misma tierra de Heredia.

Rubén Darío encarnó esa gran reacción con todas sus dualidades, sus misticismos y sus negaciones, sus virtudes y sus decadencias, sus complejidades y sus perversiones. Ese es Rubén Darío. *Ecce homo.*

Tras el maestro de *Azul* y *Los Raros*, siguen cada cual en su originalidad, Leopoldo Lugones y Santiago Argüello tan grandes como Darío, Amado Nervo, el gran místico, Guillermo Valencia, Díaz Rodríguez, Tablada, Blanco Fombona, Jaimes Freyre, Cesar Zumeta, Manuel Cervera; etc, etc.

Y volviendo la faz al arte nuevo, Díaz Mirón con sus *Lascas*, donde el altísimo poeta hace protesta de sus cantos anteriores.

Quien lucha así, imponiendo un ideal no sólo en los círculos de la alta intelectualidad americana, sino en la propia España del clasicismo no es "un vividor sin conciencia literaria." Si el tiene grietas en su montaña y manchas en su sol, culpa suya no es ser montaña ni haber nacido sol.

Cuando leí el artículo de Bobadilla sentí pena por el escritor original que, acaso en un enojo pasajero, baja hasta confundirse con la trafilla rencorosa de las medianías rurales.—Valñuenas de parroquia—tinterillos de aldea que escupen malvada hiel sobre la gloria de todos los grandes tristes, desde el divino Jesús hasta el humano Martí.

Ojalá que manos propicias se extiendan para disipar el disgusto entre los dos escritores, y, pluguiese á los buenos Hados que ambos puedan leer complacidos estas líneas de quien cree con fe profunda é inquebrantable, en el rayo de luz que flota siempre sobre la infamia de la pocilga, ya sean en la gloria del deslumbramiento,—claro de luna—ó sonrisa de estrella.

EMILIANO HERNANDEZ.

(*) Al publicar el presente artículo de nuestro buen amigo Emiliano Hernández, hacemos constar que de ninguna manera compartimos con él las opiniones que acerca de algunos literatos americanos manifiesta, en particular aquella exagerada de que Vargas Vila es el Víctor Hugo americano. El concepto que este escritor nos merece lo dejamos expuesto en un artículo titulado *Sobre Vargas Vila.—A propósito de su último libro*, que en este mismo número aparece. —N. DEL D.

BELLEZA SALVADOREÑA

Señorita María Gutiérrez

Remembranza

Callada, melancólica, enfermiza,
se deslizó mi infancia á duras penas,
como turbio arroyuelo que, entre arenas
pedregales y musgo, se desliza.

¡Qué de veces con ansia antojadiza,
de amargo llanto las pupilas llenas,
presentí mi desgracia y las cadenas
con que el dolor me aflige y me esclaviza.

Los sueños taciturnos de mi infancia
¡oh flores sin matíz y sin fragancia!—
indicios fueron de mortal presagio.

De la existencia á los revueltos mares
me lancé con mi carga de pesares,
y encontré la tormenta y el naufragio.

LUIS RODRIGUEZ CABRERO.

Puerto Rico.

Cinematógrafo campestre

MIRAFLORES

AL descender del tranvía, en la rutilación cálida del comienzo de la tarde estival, Stelio sigue con el amigo acompañante, por la vasta alameda, donde los árboles ponen sombras tibias en la blancura ardiente del suelo.... En la memoria quedan, caprichosamente confundidas, las visiones del trayecto, desde Chorrillos: chalets elegantes sobre fondos de parques señoriales; floraciones soberbias de jardines artísticos; boscajes umbrosos estremecidos por el viento; grandes trozos de pradera cuyo verde tierno, en ilusiones de óptica, avanza hasta sumergirse en las azules lejanías del mar.

El calor es fuerte; pero el aire tónico del campo da el deseo de sensaciones físicas y los dos amigos vagabundean por el pueblo, lleno de quintas suntuosas. Detrás de las rejas de ventanas bajas, vense á ratos rostros de muchachas, en pleno hervor de adolescencia, atisbando el paso de los paseantes ó algunas jóvenes señoras, en la umbría de balcones tapizados de enredaderas, absortas en lecturas de romances. En la plaza, una bandada de chicuelos, de los dos sexos, juega y alborota bajo la vigilancia de las institutrices, siempre graves en su misión educadora. La iglesia rústica, rebelde á toda evocación arquitectónica, presta sombra compasiva á unos cuantos mendigos, acurrucados en la puerta. De ella salen grupos de diarias devotas; y atraviesan la plaza envueltas en sus mantones desteñidos por el uso, con paso tardo y ojos alertas de curiosas.

Se deja atrás la plaza y continúase por calles angostas. Las casas bajas, de arquitectura humilde, desfilan, y el aspecto de sus moradores indica la clase modesta, estable del pueblo. Sentadas en los umbrales, contémplase á mozas de caras rozagantes, de cuerpos firmes en sus opulencias carnales; ó á alguna madre, prematuramente marchita, por la fecundidad, durmiendo sobre el regazo al último nacido, con una canción criolla; y á veces aquella figura, laborada con rudeza por la vida, tiene en su voz una asombrosa pureza musical....Se llega al malecón mediterráneo, con su pavimento de ladrillos rojos y con su kiosko para las retretas vespertinas. Luego á la rampa, cuyo descenso kilométrico termina en el mar. La flanquean colinas áridas, blanqueadas de sol, produciendo así la imagen de enormes solidificaciones de lavas ..

La casa de baños aparece en el fondo de la pendiente. De un lado, la costa, con altura de montaña, revestida allí de liquen por las filtraciones acuosas. Del otro, el océano, móvil, todo reverberante....Y muge, brama, grita, clamorea; forma escalonamientos de olas, y éstas, como á la voz de un asalto, se alínean, se estrechan, recógense; se enarcan, se desdoblan, se estiran, avanzan, acometen y revientan al fin sobre la playa impasible, con efervescencias humeantes de espuma y broncos retumbos de truenos. En el balcón-terraza, la vista se encanta contemplando siluetas femeninas, de curvas armoniosas y elegancias irreprochables. Abajo, entre el oleaje, míranse varoniles audacias de natación. El tiempo trascurre inadvertido. La tarde declina en la serenidad impecable de su hermosura. Nubes diáfanas, como cendales blancos sobre seda profundamente azul, alteran la monocromia del firmamento. En el horizonte marino, hay un cándido aleteo de barcas pescadoras....

* * *

En el regreso ascendente la rampa se hace interminable....De nuevo en el pueblo, los dos amigos se internan por una calle, bordeada de árboles frondosos de lozanía. Detrás surgen chalets, entre boscajes florecidos, con pórticos donde el mármol vetusto de las estatuas se pulimenta en la penumbra de la tarde. Y la brisa vuela ahora cargada de esencias, armónica en su murmurio, impregnada de frescura....De pronto, á la distancia, espesa niebla de polvo adelanta en dirección contraria. Es una cabalgata, y sobre la tierra blanda los cascos repercuten sordamente. La polvareda es amenazadora, y los dos amigos se desvían del camino, yendo á situarse junto á una verja cubierta de enredadera. Dentro se alza la fachada de un chalet, y en el vestíbulo resalta, como un relieve, un cuadro viviente, al cual el sitio y la hora le comunican toda su belleza.

En el marco de la puerta, sobre un sillón de mimbres, un anciano, de cabello de nieve y larga barba de argento. Al lado suyo, un poco atrás, ante una mesa portátil, sobre la que descansa un in-folio, una joven. No acusa más de dieciocho años. Su vestido color de rosa modela las curvas finas del cuerpo: en el rostro puro destácase la frente de albor lácteo, y ciñendo la frente, el cabello recogido le traza una aureola rubia....La niña lee, el anciano escucha, y el acento de ella vibra, melódicamente cantante, en el ambiente sonoro. En tanto el ocaso se inicia en un cielo donde el rojo se esparce con prodigiosa declinación de melias tintas. Sobre la naturaleza pensativa la noche empieza á tenderse como en la divina quietud de un ensueño....

En ese momento aparece á espaldas de la niña un joven de mediana estatura, de porte gallardo, boca risueña bajo el bigote castaño, y traje blanco. La que lee y el que escucha, absortos en su doble tarea, no notan la presencia del recién llegado. Y éste sigiloso, como en un exquisito hurto, se inclina y besa la nuca de ella, quizás—piensa Stelio—suave y fragante como el terciopelo de un durazno maduro....

La niña interrumpe la lectura, se vuelve rápida, y al ver cerca del suyo el rostro del audaz, una aurora le empurpura las mejillas, mientras en sus ojos hay miradas de reproche, pero de reproche pronto al perdón..

El anciano, sin volverse:

¿Qué pasa, hija?

Nada, papá: Jorge que acaba de llegar.

Y el anciano de nuevo, ante la confusión de los jovenes, con sonrisa de maliciosa indulgencia:

—Ah tunante! ¿Y de esa manera te anuncias?....

Los dos excursionistas se alejan, y retornan á la ciudad cuando ya la noche impera en la paz del cielo.

LA PUNTA.

PARA CARLOS G. AMÉZAGA.

AL declinar de la tarde, la plaza un cuadrado perfecto aparece llena de regocijo, por el vaivén de grupos infantiles, donde predominan los rizos flotantes y las cortas faldas femeninas. Por entre la turba innúbil trazan zig zags raudos los velocípedos masculinos. En coches liliputienses, los bebés —montoncitos de carne y de blondas—manotean. En uno de los flancos, la iglesia diminuta, bañada aún de sol da una nota nipona en la amplitud del paisaje. A la derecha, lejanos, algunos buques de la rada se mecen cadenciosamente sobre el agua ondulosa. Entre las agrupaciones de chicuelos, figuritas adorables, rubias ó morenas, pasean con gravedad. Los mimos de la familia y de los amigos de la casa les dieron ya conciencia de una belleza, cuyo capullo ahora cautiva, para más tarde, convertida en flor, irradiar magias dominadoras. Y sintiendo ya el anhelo de gustar, de atraer miradas, sonrisas, despliegan toda la gracia y la coquetería de los victoriosos en los torneos mundanos.....

La luz languidece en la serenidad de la atmósfera, y la terraza del "Gran Hotel" invita á contemplaciones vastas.

Impregnado de esencias saludables, el viento sopla fuerte. Sonoro, potente, imperial, olímpico, el océano se dilata hasta horizontes inmensos. Su superficie se flordelisa de espumas, y éstas, al deshojarse, hierven, deshaciéndose en diamantes. Arriba, sobre la limpidez del firmamento, se tienden grandes nubes albas, en partes densas, en otras gradualmente diafanizadas, al punto de confundirse, diluídas, con el fondo celeste, cuyo tono á su vez palidece, convirtiéndose al fin en una como azulosa blancura. Y se piensa en lienzo preparado por un Veronés divino, para llenarlo luego con las cálidas, únicas coloraciones de los ocasos del trópico....Debajo de la terraza y del muelle, en el granizo pétreo de la playa, las olas se rompen cual crugientes desgarramientos de sedas. En torno hay un rumor continuo, un ritmo profundo, grandiosas melodías corales; un concierto omnísono, una sinfonía inaudita, la enorme instrumentación musical formada por todas las vibraciones de los elementos, en la comedia del cielo y del mar. ....

* * *

—El señor quiere bañarse?

La pregunta del mozo del hotel aparta á la mente de sus sensaciones solitarias. La vista gira en derredor. En una banca inmediata, una mujer, al comienzo del otoño de la vida lee un libro de Loti, editado por Lemerre. Es todavía hermosa y tiene en su vestido el sello inconfundible de París. Su fisonomía es serena; su mirada dulcemente pensativa. Los que llegan sin melancolía, sin pesar, á esa edad incierta en la cual cesan de ser jóvenes, distantes sin embargo de la vejez, aman, porque los comprenden como nadie, los atardeceres luminosos, los ocasos soberbios, en cuyos esplendores de color ya se adivina á la noche con su triunfo de sombra....Un libro de Loti... Todos los mares exóticos, con la hermosura de

Cantares

Quien dice: perdoné, quiere venganza....
Y quien dice: mujer, quiere mudanza....

*

Si dice que te quiere no se lo creas:
en el caso contrario debes quererla.

*

Si la novia te niega la miel de un beso,
su negación respeta:
no quiere la amargura para tu pecho....

*

¿Te rinden homenaje las multitudes?
Cuida más á tus trajes que á tus virtudes.

*

Si los hombres te dicen, bella Lucía,
que llevas en los ojos la luz del día
y en tu frente los lampos de la inocencia,
puedes creerlo, si quieres, en la conciencia
de que los hombres sueñan con la falsía....

*

Le llamabas hermano y le quisiste....
pues muy poco mundano le supusiste.

*

A la hermosa Dolores cantóle un canto:
le dijo sus amores.....pero entre tanto,
hablaba un guapo joven de tonterías
y causó á la muchacha mil alegrías.

*

El tonto Federico dicen que es rico....
-y muy inteligente-dice la gente.....

CARRASQUILLA MALLARINO.

1906.

sus calmas ó la majestad de sus cóleras, se ofrecen á la memoria, despertando leyendas seculares. El sol, lejos aún del confín, se oculta detrás de la isla de San Lorenzo, para tender así sobre la costa una suave penumbra; y el pensamiento del contemplador de nuevo divaga. Sí, esta misma música soberana de la ola, perpetuándose en el tiempo, ha recogido en todas las riberas los votos, las plegarias, gritos y risas de júbilo, suspiros y llantos, besos y quejas, de mil seres inmortalizados por el mito, por la realidad ó por el arte, en el infinito poema del amor humano ...

Anfitritas, nereidas, sirenas, oceánidas, cantan, en la mañana gloriosa, el nacimiento de Anadiómena, entre las aguas cerúleas del Egeo. El carro de nácar y las palomas cándidas la esperan, para llevarla por la tierra, difundiendo, multiplicando en las generaciones femeninas, el poder irresistible de su forma y la esencia voluble de su espíritu. En tanto, Andrómeda gime prisionera en la roca, entre la furia del viento y del oleaje, siendo después emblema de la fidelidad, por que lo fué del sufrimiento. Así, de la primera surge Elena adorada y variable, paseando la indiferencia de sus ojos, desde los muros del Ilión, por aquel mar erizado de naves griegas, donde Aquiles llora á Patroclo, Agamenón dirige, Néstor ostenta su experiencia, Ulises su sabiduría, Ayax su fuerza, Diomedes su arrojo, Menelao la debilidad de sus celos; y de la segunda, Penélope, transformando el bordado protector en ingeniosa clepsidra, disolvente del tiempo. O Friné sobre la playa ateniense, ante el pueblo fervoroso, ante el pueblo artista, risueña y venusina en la maravilla de su desnudez; y Safo, sobre el abismo, lírica y trágica. O Salambó, marmórea en el enigma de su alma, encendiendo, bajo el claro de luna, la hoguera del deseo en el soldado bárbaro.... quizás desde la misma terraza donde Dido, moribunda en la pira, vió alejarse y desaparecer la nave fugitiva de Eneas. O Cleopatra, con el filtro enervante de sus caricias, hechicera y fatal; y Malvina, en la explosión de sus sollozos, junto al inerte cuerpo del amante ... Teodora en Bizancio y la Estuardo en Escocia. Brunequilda bravía é Isolda tierna. Virginia y Graciela; Perdita y María Ferrés.... La dogaresa joyante de los lienzos venecianos y la bretona sencilla del romance de Loti. Las pérfidas y las fieles; las voluptuosas y las castas -teoría incontable—hijas de la verdad ó de la fantasía, de la historia ó del ensueño, arquetipos del amor en escenarios marinos, pasan por el recuerdo fulgurando, con el supremo prestigio de sus gestos y actitudes.....

***

La meditación se interrumpe: varios bañistas regresan por el puente de madera. Al llegar cerca de la terraza, uno, de cabello gris y cuerpo robusto, saluda familiarmente á la lectora. Ella le contesta con la sonrisa de Gioconda. Cierra el libro; lo abandona sobre el regazo, y deja resbalar su mirada por la llanura líquida, hasta el confín lejano.... La tarde se retira; el ocaso derrama una marea de color en la superficie cóncava del cielo. La música oceánica se eleva ahora grave, solemne, religiosa como la voz de un órgano gigantesco, como el Angelus de la naturaleza concertado por el crepúsculo en la orquesta innúmera del viento.... La hermosa otoñal mira siempre el horizonte, asociando tal vez su espíritu, por misteriosa comunicación de sentimientos, al de su pensativo acompañante. Y ambos observan las agonías pictóricas de la luz.

Sobre la curva de occidente, ancha, extensa franja de oro es la costa de un mar, cuya agua tiene verdores de esmeraldas. En su límite opuesto, hasta el cenit, se alzan montañas violetas, empenachadas de púrpura, cual volcanes activos de un país fantástico. Por el levante, el blanco y el rosa se difunden en copos, en ramilletes, y son jardines siderales floreciendo en campos divinamente azules.... El crepúsculo, pone aquí, allá, entre la magia de las decoraciones, fondos de penumbra. El viento modifica los cuadros, y aparecen nuevos paisajes. La sombra, cada vez más densa, los apaga creando palideces de matices. Al fin, todo se borra en la plena noche. Y el contemplador abandona la terraza donde queda tan sólo la desconocida, meditabunda ó soñadora, frente al océano insondable, lleno de fosforescencias, y el cielo infinito, armoniosamente astral.....

DARÍO HERRERA.

Enero, 1906.

Quisicosas

I

Que tú tienes frío? Bueno,
y á mí qué? Toma este duro,
mientras lleno
con una bota de vino
tu mochila de kanguro.

(Pobre campesino ageno
que no sabe, de seguro,
que á mí, rico campesino,
me hace mucha falta el vino).

II

De tus alegrías
quedarán sedimentos,
sedimentos de melancolías.

Y verás lo que son las congojas,
cuando lleguen los vientos,
los vientos que dejan el tallo sin hojas.

III

ALBUM DE MARY FAITH.

Oíd, Señora: la naturaleza
como que despereza
su amanecer. Sopla un brisote ameno
que hace llevar las manos á la falda....

Es bueno el sol: sacude la tristeza
de la noche. Y me digo: el sol es bueno
porque acaricia la curtida espalda
del campesino que recorta el heno;

porque, con la eficacia de su egida,
hace en el surco germinar la vida,
y hurta á la vida su sabor amargo.

Porque á las almas, como al surco, enflora.
Basta para vivir, noble Señora,
un rayito de sol. Y, sin embargo.....

LUIS C. LOPEZ.

1906.

El Poeta Hisonio

LIBRO II.—CAPITULO IV.

EL poeta genial y su amiga, la de voz penetrante y suave, hablan quedamente. Ella dice:

Cuando, antes de conoceros personalmente, leía vuestras obras, creía que erais distinto de lo que sois.

—Por lo que habréis aprendido que el que juzga á un hombre por sus escritos se equivoca casi siempre,—él responde.—¿Podríais decirme lo que os *parezco* ahora?

—Os diré, si me lo permitís, que sois un perverso.

El poeta comprende que la dama ha sido herida por su última sentencia. Y dice, para ahondar la herida:

—La perversidad vive en el fondo de todas las almas. El más sincero de los hombres es hipócrita. (Hay muchos modos de ser sincero). Los buenos son tan perversos como los perversos.

Se detiene para gozar del efecto de sus frases; pero notando, por la expresión dolorosa del rostro de la bella, que ha profundizado demasiado la herida, continúa;

—Pero su bondad no tendría mérito si no fueran perversos.

—¿Queréis decir?

—Que los buenos merecen aplauso porque tienen la fuerza de carácter necesaria para matar sus instintos perversos.

—Os comprendo,—ella repone, y en su boca se esboza una sonrisa.

A él le choca la satisfacción, casi el triunfo que revela esa sonrisa, y agrega:

—Pero también hay buenos por temor, y estos forman inmensa mayoría.

—¿Por temor? ¿Temor á qué?

—A la mala opinión agena.

—¿Y vos no teméis á ella?—la mujer bellísima pregunta, sin darse cuenta de la fuerza desmoralizadora de frases como las anteriores en boca de un hombre que se admira.

—No. Las rocas no se preocupan de lo que piensa de ellas la arena en que se afirman.

—Sois orgulloso, amigo!

¿Ella ha querido herirlo con estas palabras? El no podría afirmarlo. Hay algo indefinido, oculto, é inadivinable en toda sensación y, consiguientemente, en la frase que la refleja.

—No tanto. En mí hay mucho de vanidad todavía.

—Explicaos.

—El orgullo no se revela en las palabras ni en los gestos. Es una fuente silenciosa de agua que alimenta á su propio creador. Esos creadores de orgullo son siempre egoístas reconcentrados, casi feroces. El hombre que se separa con el rostro sereno de aquel que le acaba de comunicar la nueva de la muerte de su madre, y se encierra en su alcoba á meditar, es un hombre orgulloso. Ese mismo hombre es el que sonríe á un obrero que, al pasar, le dirige una alabanza, y un segundo después no recuerda ni la alabanza ni al obrero. Yo no soy un hombre así... todavía.

Ella está como asustada. Se asemeja á María, la más bella diosa de la mitología cristiana, cuando escuchaba, asombradísima y temerosa, las palabras revolucionarias del hijo que la inmortalizaría, divinizándola.

El prosigue:

—Esos orgullosos, que son siempre hombres geniales, no desdeñan á aquel que quiere servirles, porque creen que el talento debe ser servido. Creen que el vulgo [pertenece al vulgo todo el que no se distingue intelectualmente] debe amar y servir á los hombres de talento, que son los perfeccionadores y glorificadores de la humanidad.

Calla. Después de un silencio corto, continúa:

—Si el orgulloso es también estudioso, se complace en encerrarlo todo en el círculo de su acción; cree que nada es digno de su respeto; y si los dioses existieran, se divertiría obligándoles á danzar en su presencia. Como el sol, hace girar á su alrededor todas las grandezas. Pero no supongáis que él se compara al sol; un orgulloso se considera incomparable é inimitable: si se le compara, se le insulta; si se le imita, se ofende. Todavía más: un hombre demasiado orgulloso puede parecer cobarde ante las gentes vulgares. A tanto llega este egoísta en su pasión feroz y.. admirable.

—¿Admirable?

—Indudablemente. Admirable, como todo lo extraordinario,—responde el poeta, sonriendo. Y agrega:—Ahora comprenderéis por qué os dije antes que yo no soy un hombre orgulloso. Para ser orgulloso se necesita ser muy glorioso, ó.... estar muerto, que es la actitud del orgullo supremo.

PEDRO SONDEREGGER.

El Harpa

Vestida de blanco estaba: en el féretro
más blanca parecía:
Quién dicen la mató? nadie lo sabe!
Solo recuerdan que al graznar de un ave
un hombre entre la sombra se movía.

¿Algún amante rudo y sanguinario
acaso no sería?
¿Alguno que la viera tan hermosa,
siendo envidia del alba y de la rosa
y ardiente de pasión la mataría?

Un mago formó un harpa de su cuerpo
que nadie tocaría,
y de un granado en flor en la pradera
colgóla misteriosa en donde fuera
vista por aquél que iba ó que venía.

Y mustia y silenciosa estuvo el harpa
que nadie sonaría,
hasta una tarde que vibró estallante ...
Y todos contemplaron al instante
al hombre que en la sombra se movía.

SIMÓN RIVAS.

El enfermo de infantilismo es muy dado á tomar la forma por la substancia, la sombra por el cuerpo que la proyecta, los gestos con que expresamos una cosa, por la cosa misma. Si los gestos del general hacen al general, los del poeta al poeta, y los del tribuno al tribuno, según esta peregrina teoría el *quid* estaría simplemente en imitarlos en los gestos para ser general, poeta ú orador. De que esta forma de ecokinesia existe, es positivamente un hecho, hecho que implica un ciego, un superticioso instinto de imitación (regresión atávica?), que en gracia de la candidez, ingenuidad y hasta ingeniosidad con que suele manifestarse, no quisiéramos comparar á esa misma tendencia característica en los africanos y en los simios jóvenes. Semejante forma de *bovarismo*, que diría Jules de Gaultier, tiene otro caracter sui generis que la distingue de todas las demás formas de simulación congénita, y es su desinterés perfecto, y por tal motivo no tiene cabida en los cuadros taxinómicos de la Simulación, magistralmente formulados por mi ya célebre amigo, el doctor José Ingegnieros, en su notable obra "La Simulación en la Lucha por la Vida" (la primera en su clase, tanto en América como en Europa).

Somos los Sur americanos tan imaginativos y fantásticos, que más luchamos por un vislumbre de renombre, que no por la vida, aunque ese nombre ofrezca todas las apariencias ciertas de cosa vana ó problemática. Y, precisa reconocerlo, bien que parezca una paradoja ó una ironía: si algo amamos desinteresadamente, ese algo es la gloria. Y como no, si existen en toda la América Latina acaso más de cinco mil, entre literatos y poetas (sin contar á los que se dan de músicos), que sin cesar se afanan por pescarse cuando menos una cacoquimia aguda, agotando la mejor savia de su juventud, estrujándose, exprimiéndose el cerebro como si fuera un limón ó una calabaza, todo eso desinteresadamente, sin esperanza, ni siquiera pretensión de renumeración pecunaria alguna por su labor; y acaso sin caer en cuenta que esto se paga, que tiene un valor comerciable en países más civilizados y ricos. No es posible concebir más desinteresado amor á la gloria! Y si de estos cinco mil literatos y poetas hubiere quien insinuara que el 97½% son *simu-*

UN LIBRO NUEVO

SATURNINO CORTES DURAN, nuestro amigo inteligente y bueno, acaba de publicar en San Salvador en atrayente edición, un libro: *Impresiones de un viajero*, en que anota las que recogió en un viaje de recreo que en el año último efectuó á Europa.

El libro de nuestro amigo, del cual nos ha obsequiado un ejemplar galantemente, agrada desde el comienzo. Libre de afectaciones y de toda presunción, su estilo es claro y sencillo, de una sencillez encantadora. Cortés Durán es antioqueño y como tal tiene un atractivo especial en todo lo que habla ó escribe. Antioquia es en Colombia y aun en Sur América la tierra del buen humor. Todos sus hijos poseen una gracia especial, y aún los ignorantes, los que no han tenido educación ni roce, hacen reír con sus humoradas á quien los escucha. Ahora, nada hablemos de narradores tan espirituales como Rafael Uribe Uribe y Antonio José Restrepo, que saben cautivar á sus oyentes ó lectores desde el primer momento.

Reproducimos hoy del libro del amigo unos cuantos párrafos que se refieren á bellísimas y distinguidas señoritas panameñas, con quienes le tocó viajar de Nueva York á esta ciudad. En esos párrafos hace Cortés Durán un elogio completo y merecido de nuestras paisanitas.

Réstanos dar las gracias al joven intelectual por los conceptos que acerca de nosotros estampa en sus *Impresiones*, y que creemos exageran la simpatía que por nosotros guarda y su amabilidad extremada.

IMPRESIONES DE UN VIAJERO

(FRAGMENTO)

.....

Una tarde muy opaca y glacial salí de la Gran Metrópoli en el vapor *México* con rumbo á Colón.

Yo creí que iba á ser el viaje muy fastidioso, pero pronto ví desvanecida la pesimista idea cuando tuve la honra de saludar en el muelle al Sr. don Federico Boyd y á su apreciable familia, junto con algunos otros viajeros panameños. Entre ellos estaban don José Domingo de Obaldía, Ministro de Panamá en Washington, á quien me presentó el *Attaché ad-honorem* de la Legación don Jorge E. Boyd, y varias señoritas panameñas educadas en New York: las señoritas Lefevre, Boyd, Patterson y Brandon.

Entre unos ingenieros y mineros que iban para Tumaco (Colombia), me permito hacer mención de tres, por que eran caballeros correctísimos y de una educación amplia y esmerada: Alex V. Gallogly, W. I. Beam y Walter Irvin Bean, de New York, de Pennsylvania y Chicago respectivamente. Estos tres jóvenes cooperaron mucho á que en el *México* no permaneciéramos viéndonos las caras y en muda contemplación como lo hacen los ingleses. Las señoritas Angela Patterson y Gladys Brandon, mantenían á muy buena altura el pabellón de la confraternidad y el entusiasmo. Cuán bello ese par de encantadoras señoritas llenas de talento, con mejillas como pétalos de rosas de Castilla, y labios teñidos por el bellísimo carmín del pudor; de cuerpos flexibles como las palmeras en las vírgenes pampas de Cuba y de ojos tan expresivos y brillantes como poemas de amor.

Angela Patterson y Gladys Brandon se atraen las simpatías con fuerza irresistible, como el imán al acero.

Casi todos los pasajeros de primera simpatizaban con Angela, que verdaderamente es un ángel por su simpatía, su extraordinaria belleza y sus líneas finas y delicadas, y con Gladys que es una hebrea trigueña con unos ojos más negros que el azabache, una mirada como despertar de aurora en primavera y un cuerpecito pequeñito, pero lleno de vivacidad y elegancia.

Seis veladas dimos en el *México*, en las que á cada uno le tocaba su número, bajo programa.

La señorita Brandon es una declamadora consumada. Y lo mismo lo hace en español que en inglés; pues en todas las veladas recitó en los dos idiomas para que ninguno de los espectadores se fuera á quedar en Babia.

Durante los seis días que duró el viaje de New York á Colón tuvimos una media docena de veladas tan agradables y alegres como cultas é instructivas.

Para todas aquellas simpáticas amigas panameñas consagro en estas páginas un recuerdo cariñoso, especialmente para la señora de Boyd é hija, las señoritas Ramona y Elena Lefevre; doña Elena C. de Lewis é hija; y señoritas Angela Patterson y Gladys Brandon, con quienes pasé ratos de verdadero solaz, inolvidables y gratísimos.

.....

S. CORTES DURAN.

ENTRADA Á UNA PLANTACIÓN DE CAUCHO (Darién).

Del libro *Siembra y cultivo del caucho en la República de Panamá*, por *Jil F. Sanchez*.

NOTAS

Aclaración

A causa de enfermedad que lo obliga á guardar cama, no ha sido posible á nuestro grabador don Carlos Endara terminarnos los grabados que para este número le teníamos pedidos. Conste pues que esta razón, poderosa en extremo, es la que nos asiste para no publicar el número de hoy con más ilustraciones.

Obra útil

De las prensas de la TIPOGRAFÍA CHEVALIER, ANDREVE Y CÍA., editora de esta Revista, ha salido hace pocos días una obra de verdadera utilidad y mérito, titulada *Siembra y cultivo del caucho en la República de Panamá*.

El autor de ella es don Jil F. Sánchez, inteligente y apreciable caballero amigo nuestro, quien con una paciencia extremada y un loable celo ha dedicado por largo tiempo los pocos ratos que sus muchas ocupaciones le dejan libres, á dar á conocer en ese libro todos los datos referentes á la siembra y cultivo del caucho, una de nuestras verdaderas fuentes de riqueza futura, datos que están basados en la experiencia adquirida por nuestro amigo á ese respecto durante largos años de residencia en el Darién, en la región en donde es más vasto el cultivo del caucho en la República.

Merece el más caluroso aplauso Sánchez por su obra, y por nuestra parte no se lo escatimamos. Muy pocos son entre nosotros los que al igual de él trabajen por el futuro de esta tierra querida, desentendiéndose de su interés personal, y llevados del noble deseo de ver próspera y feliz la patria santa y buena.

Con placer reproducimos en este número dos grabados de la obra del buen amigo, al cual felicitamos muy de veras por su libro, cuyo mérito indiscutible es un triunfo de su constancia y de su inteligencia.

Ausente

Hace pocos días se despidió de nosotros cariñosamente nuestro buen Leopoldo de la Rosa, el inteligente y profundísimo poeta, quien va á Barranquilla de paso para Bogotá.

Lleva Leopoldo la idea de publicar una revista literaria en toda forma, y el pensamiento de terminar los arreglos preliminares para la publicación de dos obras, de las cuales hablamos ya en el número anterior.

Que sean propicios los aires de la tierra nativa al amigo estimable son nuestros mejores deseos, y que pronto nos visiten su revista y sus libros.

Saludo

De Nueva York, adonde fué en busca de salud, ha regresado nuestro amigo don Guillermo Ehrman, después de una ausencia de cinco meses.

La estadía en la metrópoli americana fué altamente provechosa para él, pues sometido al tratamiento de especialistas de primer orden ha visto desaparecer los males que lo aquejaban.

Nos complacemos en saludarlo afectuosamente á su regreso á la patria y al hogar.

Pastor Rodriguez

Consagramos en nuestras páginas un recuerdo á la memoria de este honrado joven y competente tipógrafo, muerto recientemente en Pocrí de Las Tablas á causa de terrible dolencia pulmonar.

Pastor fué empleado por largos años de la "Tipografía Casís y Cía." y supo de los comienzos de esta Revista que fué de toda su simpatía, esmerándose siempre en que, como obra nítida y elegante, superara á todo otro trabajo de su clase en la capital.

Pastor Rodríguez ha muerto muy joven, y como buen soldado de la vida hasta última hora ocupó su puesto de combate.

Nuestras expresiones de condolencia á sus afligidos deudos que pierden con él su más valioso y firme apoyo.

Para el 20

El próximo domingo se efectuará la inauguración de los terrenos para juegos atléticos y diversiones variadas, de la Panama Athletic Park Association. La festividad promete ser agradable en extremo, pues en ello ponen empeño los miembros todos de la asociación. Se efectuará ese día un desafío de *base ball* entre los clubs *Panama* é *I. C. C. Champions*, cuya destreza en el juego es de todos conocida. Sabemos así mismo que la Banda Republicana con piezas escogidas de su repertorio hará más agradable el acto de la inauguración.

De Sully Prudhomme

PARA PEDRO SONDEREGGER.

Yo me he dicho á menudo ¿de qué raza naciste?
tu corazón no encuentra cadencias ni naufraga,
con nada tus sentidos ni pensamiento henchiste;
parece que una excelsa felicidad te halaga.

Por lo tanto ¿qué dulce paraíso perdiste?
¿á qué causa donaste glorioso sacrificio?
y tu alma ¿qué bellezas y virtudes reviste
para ver aquí abajo sólo fealdad y vicio?

A las vagas nostalgias de un cielo que imagino
hace falta un orígen, y á mi tedio divino:
vanamente lo busco en mi pecho de hombre;

y yo mismo, asombrado del ignoto mal fiero,
escucho que en mí llora un sublime extrangero
que me ha velado siempre su país y su nombre.

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Resurrexit

Casta imagen de un sueño que evocó mi memoria
en borrosos perfiles de la muerta ilusión,
ha surgido á mis ojos reviviendo la historia
de las dichas que fueron, de los sueños de amor.

Es la Ofelia doliente que medita extasiada
en países ignotos que imagina en su afán.
Por sus ojos tan negros, de profunda mirada,
es la dulce María que forjara Isaacs.

Soñadora y altiva, como reina de Oriente,
es el cáliz de un lirio que la aurora entreabló
y oculta su corola de blancura esplendente
porque no se marchite con los rayos del sol.

En un templo de diosa jamás ora el profano
—es más fresco el nenúfar si en la sombra creció—
jamás ninguna mano se estrechó con su mano;
las rosas que deshoja, rosas del bosque son.

ISRAEL VAZQUEZ YEPEZ.

FOLLETIN DE "EL HERALDO DEL ISTMO" -- 25

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASION.

De Jean de la Hire.

TRADUCCIÓN DE EVERARDO VELARDE.

CAPITULO QUINTO.

I

Omnia vincit amor.
VIRGILIO.

(*Continuación*)

sotana negra del cura, el gato había lanzado un maullido de espanto y de cólera, y de un salto se había lanzado sobre el alto de la biblioteca en donde, acurrucado, continuó mirando al intruso con aire de desconfianza. Esto no obstante el cura entró, cerró la puerta tras de sí y dió dos pasos hacia Blanca. Esta retrocedió: presentía que iban á herirla desgracias que se agitaban en los negros pliegues de aquella sotana; por un momento permaneció muda, pálida como el mármol de la *Venus de Milo* que, sobre el armonio, sonríe dulcemente. Pero, al fin, con un brusco movimiento se repuso y dijo:

—Qué queréis, señor?

—Tengo que hablaros, señorita, le contestó el abate Pignol en tono grave.

Estas palabras rompieron el sortilegio ó atractivo pesado que se había establecido y aunque con una ligera inquietud que le murmuraba en el fondo del alma, Blanca se irguió.

—Sentaos, pues, señor.

Le indicó con el dedo un asiento mientras que ella se colocaba en un lado del canapé.

Pero el cura no se movió: por todos los cálices de las flores bordadas ó esculpidas, aquellos muebles le parecía que destilaban la molicie y la voluptuosidad prohibidas: los oscuros símbolos de las tapicerías le desconcertaban y le imponían á la vez un santo horror y un gran respeto á semejante lujo. Blanca se irritaba ya de aquella actitud y de aquel silencio; pero el gato saltó sobre sus rodillas y la caricia de su piel tibia la calmó.

—Espero, señor, dijo ella con voz disgustada.

El cura pareció recobrarse; avanzó un paso y, atrevidamente, pero con pausa, con tono grave, algo untuoso, dijo:

—Señorita, venía aquí con el temor de encontrar en vos una persona absolutamente desprovista de sentimientos religiosos, y me he sorprendido agradablemente de los signos inequívocos de vuestra piedad que son ese reclinatorio y ese cuadro de la Vírgen . . .

Se detuvo un momento como para acordarse de un texto latino, mientras que Blanca escuchaba, sorprendida. Luego continuó:

También las preocupaciones de mi espíritu nacidas á consecuencia del rumor público, desaparecen de golpe, de lo cual me alegro mucho, porque la materia que tengo que trataros era delicada, excesivamente delicada . . .

Se detuvo de nuevo; en el espíritu de Blanca, sordamente, nacía una sospecha, vaga aún, pero que dejaba ya asomar á su rostro un ligero velo de inquietud. El cura repuso:

—Estoy ahora convencido, señorita, de la iniquidad de las acusaciones hechas contra vos. . . . Ah! la calumnia sabe servirse de voces tan insinuantes y tan engañosas! Le es tan fácil y tan agradable á la vez. . . cambiar la faz de las cosas y de . . . tomar el bien por el mal. . . .

El abate vacilaba, tenía miedo de ir demasiado ligero; Blanca sentía correr por su frente dos gotas de sudor helado; de súbito, deseando terminar, y procurando siempre hacer su palabra más dulce, se lanzó:

— . . . de no encontrar en las demostraciones de un puro afecto fraternal sino las señales de una corrupción espantosa, de un amor contra natura. . . . de un pecado monstruoso. . . . Sinembargo, es mi deber, señorita. . . .

Blanca había comprendido; como llevados por una nube impelida por el viento, todos los sucesos de la víspera habían pasado antes sus ojos; semejantes á sonidos de lúgubres campanas, las palabras del mozo del hotel resonaban en sus oidos. . . Y así, ese también sabía! . . . Su rostro, en un segundo, traicionó una tan aguda desesperación, toda su actitud cambió de manera tan sorprendente, que el cura, apesar de su poca experiencia, se apercibió de ello: la evolución de sus ideas comenzó y la sospecha, que comenzaba á desaparecer, se confirmó, para muy pronto convertirse en entera certeza. Y, fijando los ojos en el cuerpo de Blanca, notó los brazos desnudos, de líneas perfectas, de una blancura de leche, rosados en los codos; sus miradas se detuvieron en la garganta fina, robusta, palpitante, de do se exhalaba un perfume tibio que le era desconocido; pero sobretodo sintió y contempló la belleza exquisita de Blanca, esa belleza amante de la mujer, que él odiaba desde el seminario con todas sus fuerzas reunidas; no era, acaso, esa belleza, el más poderoso artificio del demonio? el arma más fuerte que las fuertes espadas, más dulce que las dulces palabras? que provocaba los deseos y causaba la perdición de los hombres, como uno de esos frutos de los trópicos cuya corteza aterciopelada y sedosa oculta sutiles venenos? . . . Y esa belleza, que el abate Pignol maldecía desde tiempo atrás sin haberla visto jamás la encontraba al fin allí, ante él, viviente y activa, é iba también á verla en toda su infernal obra. Porque, para él, ahora, Blanca era culpable: todo se reunía para probarlo y, como si la turbación de la niña, su aire indolente, su belleza de ángel —pero de ángel caído— no hubieran bastado, el cura paseó los ojos á su alrededor. Oh! El infame y horrible sacrilegio! Flanqueando *La Concepción*, de Murillo, sonreía, de un lado, *La camisa levantada*, de Fragonard y, del otro, *Júpiter y Antiope*, de Watteau. Al mismo tiempo, entre el reclinatorio y la biblioteca, sobre la tapicería, notó una mujer que apenas la cubría ligero velo y que se apretaba con los dedos los pezones de los senos, esparciendo un rocío luminoso sobre un tropel inmenso de vagabundos arrodillados á sus pies, que tendían los brazos hacia ella con apasionada súplica, viniendo de todos lados, invadiéndola, rodeándola en un círculo horroroso y sublime de adoración y de apetitos; y la mujer, segura de poderlos saciar el uno después del otro, todos, aunque fuesen más numerosos que los granos de arena del desierto, continuaba sonriendo y esparciendo siempre sobre sus cabezas el rocío luminoso, preludio de otros dones más completos, siendo aquel el símbolo de la Humanidad entera, jadeante hacia la inconmensurable, la única, la prepotente, la eterna y la radiosa Belleza! . . .

Entonces, en el corazón del joven cura brotó una terrible indignación engrandecida por el despecho de haberse dejado engañar por la hipocresía ó la blasfemia de un reclinatorio y de una imagen de la Vírgen. Oh! esa Belleza, agarrarla, destruírla, aplastarla, mancharla, aniquilarla! . . . . Y aún la misma Vírgen, la encontró demasiado bella, demasiado mujer, no suficientemente *inseexuada*, de formas demasiado impecables y muy hermosas, todo, para él, en la habitación, estaba contaminado de pecado y, de súbito, fuera de sí, los brazos levantados sobre Blanca como las dos alas negras de un pájaro siniestro, exclamó:

—Ah! no! Mi debilidad me cegaba y mi espíritu se obscurecía con los perfumes diabólicos que flotan alrededor de vos . . . Ahora, veo claro: todo aquí apesta á pecado, á lujuria y á vergüenza! Todo lo que hiere mis sentidos es la prueba cierta de los más bajos instintos, de la más inaudita abominación, de la más innoble lujuria . . . Ah! mujer perdida, el rumor público no se engañaba! . . . . En dónde está ese hermano, fruto sin duda del Infierno, á dónde iréis ambos si el arrepentimiento inmediato no os salva? En dónde está el Corrompido, el Tentador, el Instrumento abominable del Crímen? . . . .

El abate Pignol se había transfigurado; una llama santa brillaba en sus pupilas; su talle crecía en esa lucha que él creía sostener contra el mismo Satán: si en su imaginación la falta hubiera tomado mayores proporciones, habría también fulgurado durante una hora . . .

Pero Blanca había adquirido una palidez lívida, sus ojos flameaban y sus labios temblaban, vibrantes de indignación y de amor herido; el cura esperaba verla caer á sus pies, implorando la divina clemencia, cuando ella se levantó bruscamente. Mientras que el abate se había concretado á generalidades, ella había guardado una impasibilidad aparente, si bien desconcertada hasta lo más íntimo de su ser . . . . Mas, acababan de insultar atrozmente

(*Continuará*).